

APENDICE TERCERO.

DOS PALABRAS SOBRE LOS POSESOS.

Las frecuentes relaciones de los evangelistas acerca de los posesos, no pueden ocultarse ni aun al lector mas superficial. Aquellos santos autores nos hablan de una multitud de personas atormentadas por los espíritus malos: de éstos, unos se apoderaban, á lo que parece, de todo el cuerpo de los posesos, y hasta cierto punto de las facultades de su alma; al paso que otros los privaban solamente del uso de un sentido, ó los dejaban paralíticos de un miembro, ó los afligian con alguna enfermedad. El Hijo de Dios arrojó los espíritus impuros de todos los que se mencionan, ya le saliesen al encuentro los posesos instigados por el demonio, ó ya le fuesen

presentados. Nadie ponía en duda la naturaleza del estado de aquellas personas; y cuando los enemigos de Jesucristo le calumniaban por el socorro milagroso que prestaba á los posesos, ya que no podían negar la existencia de éstos, sostenían que el Señor lanzaba los demonios por Beelzebub, príncipe de los demonios, con quien estaba en comunicacion. Así nos lo dicen los evangelistas San Mateo (IX, 34 y XII, 24), San Marcos (III, 22) y San Lucas (XI, 15).

Era tan poco dudoso despues de tres siglos largos, el hecho de haber lanzado Jesucristo los demonios del cuerpo de los posesos, que Juliano el apóstata, este enemigo tan ingenioso como violento, del nombre cristiano, le confesó. “No se considerará ciertamente, decia para envilecer á nuestro Señor, como una cosa muy maravillosa, que en los pueblos de Bethsaida y Bethania, curáse algunos lisiados y ciegos, y exorcizara á algunos posesos.”

Lo que confesaban la sinagoga y Juliano, lo han negado descaradamente ciertos saduceos modernos, que con los discípulos circuncisos de Sadoc, dicen, *que no hay resurreccion, ni ángel, ni espíritu*. Pero no solo niegan esto los que dicen abiertamente, que no quieren tener ninguna parte con el Hijo de David, ni en la herencia de la nueva Jerusalem, sino tambien algunos falsos doctores que confiesan el cristianismo para minarle por los cimientos; otros que tienen una idea tan baja de Dios, que se creen llamados á purificar el oro de su pa-

labra en el crisol de barro de su arrogancia, y vaciarle en el molde agradable de una filosofía sutil; y por último, aquellos que son bastante pusilánimes para acomodarse al espíritu del siglo y temer la crítica de un autor, cuyo escrito prospera hoy, y mañana es arrojado al fuego.

Algunos niegan el estado de los posesos, porque niegan la existencia de los demonios; en lo cual los han ayudado diversos teólogos protestantes, que desde la última mitad del siglo anterior, han asestado tiros secretos contra el cristianismo, ya con malicia, ya con la descarada serenidad de la irreflexion. La impresion que hicieron en tanta multitud de personas, es una prueba evidente de la necesidad *de una Iglesia edificada sobre la piedra*, y el signo de la sabiduría sobrehumana, que hablaba por boca de San Pablo cuando enseñaba á Timoteo cómo debia conducirse en la casa de Dios, que es la columna y el sosten de la verdad (1).

(1) Despues del pasage que acabo de citar, se explica así el Apóstol: “Ciertamente es una cosa grande este misterio de amor que se manifestó en la carne, que fué autorizado por el espíritu, se apareció á los ángeles, fué predicado á las naciones, creído en el mundo, y elevado á la gloria. (Epist. I ad Timot. III, 16).”

Algunos han osado quitar á la Iglesia de Dios vivo las denominaciones honoríficas del Apóstol, que la llama la columna y el sosten de la verdad, empezando el versículo 16 por estas palabras: *Columna y sosten de la verdad*, y leyendo así: Te escribo esto, aunque espero ir pronto á verte; pero por si tardare, para que sepas cómo conviene conducirse en la casa de Dios, “que es la columna y sosten de la verdad; y claramente es grande el misterio de amor que se manifestó en la carne etc.”

La religion es un todo magnífico, un templo armónico en todas sus partes. La rotura de una desfigura y conmueve el todo, ó mas bien, como esto no está en la mano de los hombres, el todo no tiene ya armonía para el que oculta una parte de él: entonces no tarda uno en inclinarse á ocultar otras partes hasta que desaparece la imágen del templo mismo, en medio de las partes aisladas é incoherentes, y los que contemplaban su belleza,

Ni Lutero en su traduccion alemana, ni Beza, amigo y discípulo de Calvino, en su traduccion latina, ni Martin, el docto calvinista, en su version francesa, ni aun el intérprete anglicano, en la inglesa, dicen una palabra de esta innovacion. Así, es mas extraño para mí hallarla en 1807, en una traduccion alemana del Nuevo Testamento, por Cárlos y Leandro de Esz. Esta innovacion no me era desconocida; pero sabia cuán pocos partidarios habia hallado aun entre los protestantes. Acaso no la hubieran admitido Cárlos y Leandro de Esz, antes monges benedictinos, y hoy curas católicos, si hubieran visto cómo se expresa Grocio sobre este punto. Véase lo que dice este intérprete docto, entendido é ingenuo: "*Stulos kai edraioma tes aletheias* (columna y sosten de la verdad): estas son unas denominaciones honoríficas de la Iglesia." Es cosa sorprendente cómo se esfuerzan los que se las envidian, en enlazar estas palabras con el periodo siguiente. Despues de demostrar con toda claridad lo contrario que era este proceder al sentido y al lenguaje, y despues de hacer ver cómo el Apóstol, luego que habló de la casa de Dios, buscó una nueva imágen en la idea de un templo, en que algunas columnas se apoyan sobre basas, pero en el que las columnas sostienen la parte superior del edificio; y cómo compara este último con la verdad, continúa Grocio así: "La Iglesia sostiene y levanta la verdad (*veritatem sustentat atque attollit ecclesia*), para que no se oculte á los entendimientos, y sea vista en todo lugar, porque para unos hombres que no son obstinados, el testimonio de una multitud de sugetos íntegros, que dicen todos haber recibido esta doctrina y estos preceptos de los apóstoles, tiene mucha fuerza. (Hug. Grotius *Annot. in N. T. ad ep. I, Timoth., III, 16.*)"

se retiran por no hallar ya nada agradable á la vista.

La audacia de estos doctores modernos fué recibida por unos con indiferencia, y por otros con aplausos. Los primeros juzgaban que no se perdía nada perdiendo al diablo, y los segundos se alegraban de no oír hablar mas de este odioso enemigo, porque muchas personas se parecen al avestruz, que segun se cuenta, cuando descubre al cazador, mete la cabeza en una mata, creyéndose seguro, porque no ve ya al que le persigue.

Se aparentó justificar la conducta de Dios, el cual, segun se decia, no podia permitir que un espíritu nos arrastrase al mal, y se exageró esta idea, aunque sabiamos por la Escritura, que aquel enemigo de Dios y de los hombres no tiene otro poder que el que Dios le concede, y que recibimos fuerzas del Señor para resistirle y vencerle. No querian convenir en que se formaba una opinion indigna de Dios, figurándose que no ha representado mas que una fantasma en la Sagrada Escritura, y que el Espíritu Santo nos mantiene alerta contra un fuego fátno, cuyas ilusiones no hacen otra cosa que dividir y extraviar nuestra vigilancia.

¿Y cómo ha de mirarse á Satanás y á sus ángeles como puras ficciones orientales, á pesar de la claridad y precision de las advertencias de las Santas Escrituras, y á pesar del estrecho enlace de la doctrina, relativa á los espíritus malos, con las doctrinas mas sublimes de nuestra religion? Porque segun la tradicion de la antigüedad mas remota, se ha hallado bajo diferentes for-

mas, la idea de espíritus caídos y enemigos en todas las naciones, ¿habría de desecharse lo cierto juntamente con lo falso, por una sabiduría tan bastarda, tan presuntuosa y superficial, y habría de olvidarse que esta creencia está fundada en la verdad, de la misma manera que las sombras atestiguan la presencia de un objeto real?

Otros menos audaces que éstos, se limitaban á negar que existiesen endemoniados, á pesar de los muchos testimonios de la Escritura, y miraban como una simple enfermedad, el estado de los desgraciados á quienes curaron Jesucristo y sus discípulos. Sin embargo, los autores sagrados aseguran formalmente, que estaban poseídos del demonio; pero se replica que ellos no sabían mas. Con todo, el Hijo de Dios mismo manda á los diablos que dejen á los posesos, y éstos son curados; á lo cual se responde, que el Señor, como un doctor sábio del pueblo, se conformó con sus preocupaciones, y curó simplemente á unos enfermos (aunque de una manera milagrosa). Sus enemigos entre los judíos decían: Lanza á los demonios por el príncipe de los demonios. Sus falsos amigos entre los cristianos dicen, que el *que vino al mundo para dar testimonio á la verdad*, se conformó con una superstición, y afirmó la mentira con sus palabras y acciones, y aun mas, la confirmó con milagros.

Prescindiendo de la blasfemia de estos autores (si es que puede dejarse un instante sin condenar la impiedad de semejante aserto), no puede discurrirse ninguna ra-

zon para que Jesús tardase en abrir los ojos al pueblo acerca de su superstición, pudiendo hacer que fuese creída su palabra con la curación repentina de los cojos, ciegos y dementes. ¿Acaso no le hubieran creído si hubiese dicho: Hombres de Israel, estos que veis aquí no están poseídos del demonio, sino que este es ciego como lo son otros ciegos; aquel joven lunático es como todos los lunáticos, y estotro loco tiene trastornada la cabeza; y así tú, ciego, mira hacia arriba; tú, lunático, á quien extravían tus accesos, levántate; y tú, que echas espumarajos de rabia, recobra la sana razón? ¿No le hubieran creído, repito, si por su palabra hubiera visto el ciego, se hubiera levantado el lunático, y el loco furioso aplacado con una expresión, se hubiera echado á sus pies como discípulo, y solicitado seguirle? ¿No le hubieran seguido, si él, el gran taumaturgo, hubiera clamado severamente contra la extravagante superstición que veía demonios en ciertos enfermos? Mas el Hijo de Dios no habló así; antes dijo él mismo, que lanzaba á los demonios, y dió á sus discípulos el poder de lanzarlos. ¿Había engañado también á sus discípulos? ¿No sabían tampoco los setenta lo que hacían, cuando curando enfermedades reales, creían lanzar demonios? ¿Y los habría él confirmado en esta ilusión, supuesto que decía que había visto á *Satanás caer del cielo como el relámpago*? ¿Era la enfermedad de los dos ganadinos la que entró en los puercos y los hizo precipitarse en el lago? ¿Qué frenesí! ¿O los precipitó el Hijo de Dios

en lo profundo de las aguas, para confirmar con un milagro, la extravagante superstición de los hombres á quienes queria instruir, y marcarle el sello del poderío de Dios? ¿Qué aserto tan loco y temerario (1)!

¿Y por qué es defender tal hipótesis? ¿Por qué no puede haber demonios? ¿Cómo puede una generación que ha visto tiranos é impostores, negar la posibilidad de la perversidad y astucia de Satanás? Si la Providencia infinitamente sábia de nuestro Dios tolera á los unos, ¿por qué no toleraria á los otros, poniéndoles límites que no pueden traspasar? ¿O por ventura, puede el hombre, cuya limitada inteligencia no sabe cómo obra su propia alma sobre el cuerpo, negar la posibilidad de la influencia de un espíritu extraño sobre nuestros órganos? ¿Sabemos acaso cómo se forman nuestros sueños, ó podemos comprender el estado del lunático somnábulo, que con los ojos cerrados anda de noche por el alero de un tejado sin caerse, si no se le despierta y se le hace conocer el peligro? ¿Quién puede explicar este estado ó negar su realidad?

Uno de los sábios mas ilustres que han existido, dice con tanta exactitud como elegancia: "De todas las obje-

(1) No por eso es menos aventurada esta asercion. Estos doctores nuevos que obraban con tanta astucia como descaro, acababan por negar tambien los milagros. Dejan que la divinidad de la doctrina descansa en la divinidad no disputada aún del doctor, y luego una vez hecha sospechosa esta, pronto se negó aquella. La moral sublime del cristianismo, y las grandes lecciones sobre la Providencia y la inmortalidad, debieron subsistir por sí mismas, hasta que al cabo se arrojó la máscara, y el descarado ateísmo vino á insultar con la sonrisa de Satanás á los hombres afligidos.

ciones que hace un incrédulo, no hay ninguna peor que la que proviene de la falta de entendimiento. (Haller, Cartas sobre el Apocalipsis)."

¿De dónde, pues, proceden esas negaciones magistrales de nuestra época? ¿Hemos adquirido nuevos conocimientos en la filosofía, sobre la union secreta de los seres espirituales entre sí, ó sobre su influencia con respecto al mundo físico? Nuestros filósofos que existen de ayer, ¿son mas sábios que Bacon, Newton, Pascal, Fenelon, Leibnitz y Haller? Antes ganaba el imperio de la filosofía con una serie no interrumpida de doctores, bajo cuya dirección el discípulo perfecto se aprovechaba de los conocimientos y de la experiencia del maestro, y formaba tambien discípulos dóciles: ahora unos hombres que acaban de aparecer, se rebelan, desprecian todo lo que nos ha dado el tiempo, y halagan las pasiones y la vanidad de una multitud no emancipada todavía: un edificio de doctrinas construido en el aire sucede á otro: el arquitecto es sublimado á la clase de los dioses, y en vida llega á saber que ya está olvidado. Estos directores del gobierno en el imperio de la filosofía, se suceden con igual rapidez que los emperadores romanos del siglo tercero: hoy son proclamados á son de trompeta, y mañana se les recibe con la sonrisa de la compasión.

Si hubiéramos de dudar de todo lo que no podemos explicar en el mundo físico, seríamos unos centauros raros, un conjunto de extravagancia y estupidez, porque

tambien en el mundo fisico encontramos á cada paso cosas que no entendemos, y casi todo procede de lo que es incomprendible, pues que los fenómenos provienen de una causa que indicamos por los efectos: tratamos de explicar esta causa, y no la comprendemos. ¿Queríamos negar los fenómenos, porque ignoramos su causa? Pero ¿qué necesidad hay de pararse en semejante locura? Y ¿seríamos bastante atrevidos para juzgar el mundo espiritual? ¿Sería porque aquí podemos ir á tientas con mas seguridad, sin caer en el fuego ó en el agua?

¿Nos atreveríamos, aun cuando no neguemos la posibilidad de ciertas relaciones del mundo espiritual, á determinar por qué leyes (que nosotros le prescribimos) deberia obrar el Todopoderoso, y conducirse la suma sabiduría para gobernar el mundo?

Jesucristo, abatiéndose hasta nosotros en su misericordia ¿no nos abrió los ojos con esta doctrina relativa á los espíritus malignos, cuando nos hizo ver en ellos unos enemigos de Dios y del hombre (¿no los vemos aun entre los hombres?), á los cuales puso un freno desde el principio del mundo, contra los cuales nos da fuerzas, cuyas tentaciones ejercitan y conservan nuestra virtud, y cuya audacia debe estrellarse en aquellos que el Señor redimió? Este Señor, el adorable Hijo de María, el Dios hecho hombre ¿no quitó á estos espíritus en el instante de su victoria aparente, el poder con respecto á todos los que quieren caminar delante de Dios, á su ejemplo, por la fuerza que nos alcanzó con su vida y su muerte?

INDICE.

LIBRO QUINTO.

DESDE LA ENTRADA DE JESUCRISTO EN JERUSALEM HASTA SU MUERTE.

CAPITULO PRIMERO.— <i>Entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem: envidia de los fariseos: llora el Señor sobre aquella ciudad,</i>	3
CAP. II.— <i>Turbacion de Jesus al pensar en los tormentos de su pasion,</i>	7
CAP. III.— <i>Maldicion de la higuera.—Los vendedores arrojados segunda vez del templo.—Virtud de la fé y de la oracion,</i>	15
CAP. IV.— <i>Pregunta sobre el bautismo de San Juan, y respuesta de Jesus.—Parábola de los malos viñadores,</i>	20
CAP. V.— <i>Parábola de las bodas: vestidura nupcial,</i>	24
CAP. VI.— <i>Se ha de pagar el tributo al César.—Los saduceos confundidos,</i>	28
CAP. VII.— <i>Doctores y fariseos malditos.—Tercera prediccion de la ruina de Jerusalem,</i>	32
CAP. VIII.— <i>La limosna de la viuda,</i>	37